

los relatos de calibre   38



EL BRUJO DE CHEE

© Tony Hillerman
Traducción de Jokin Ibáñez Errasti

Nota del traductor

Yo no soy un traductor profesional. Soy un lector colgado de Tony Hillerman.

Un día, revolviendo en libros viejos, encontré una recopilación de relatos policíacos en inglés, entre los que estaba éste.

Como no se nos traduce lo que queremos y necesitamos, intenté lo que pocas veces he hecho: traducir.

El resultado puede estar bien o mal, o regular y que deje algo que desear. No me extraña, soy un novato. Pero un apasionado de Hillerman.

En Calibre .38 no poseemos los derechos del relato. Si nos dicen que hay que retirarlo, lo haremos. Esto es únicamente un homenaje al maestro.

Nos veremos en los eternos cazaderos.

Jokin Ibáñez Errasti

La nieve es tan importante para los esquimales que tienen nueve nombres para describir sus variaciones. El cabo Jimmy Chee de la Policía Tribal Navajo lo había escuchado cuando era estudiante de antropología en la Universidad de New Mexico. Ahora lo recordó porque estaba pensando en todas las palabras que se necesitan en Navajo para explicar los muchos tipos de brujería existentes. La palabra que la anciana Tso había usado era *anti'l*, que es una palabra del nivel máximo, lo peor de lo peor. Y así se podía calificar lo que había ocurrido. Un asesinato, al parecer. Y con mutilaciones, si lo que decía la anciana Tso era real. Por lo tanto, si uno creyera en toda la mitología que sobre la brujería se cuenta entre los cincuenta clanes que forman El Pueblo, también deben ser reales el canibalismo y el incesto, incluso la necrofilia.

En la radio de la camioneta pick-up de Chee, la voz del joven Navajo que leía un anuncio de los coches usados Gallup fue sustituida por la de Willie Nelson cantando sobre problemas y mentes angustiadas. La balada encajó con el humor de Chee. Estaba cansado. Estaba sediento. Estaba pegajoso por el sudor.

Estaba angustiado. Su camioneta traqueteó a lo largo de las rodadas, en un día caluroso sin atisbo de brisa, dejando tras de sí una blanca nube de polvo que marcaba su tortuosa ruta por Rainbow Plateau. La camioneta se volvió gris. Igual que Jimmy Chee. Desde la salida del sol había cubierto unas doscientas millas de arena y semiborrados senderos de carretas de la zona fronteriza de Arizona, Utah y New Mexico. Lo primero fue algo rutinario: una inspección sobre la historia de un brujo en el hogan Tsossie al norte de Teec Nos Pos, con el fin de detener un problema antes de que empezara. La rutina y lo lógico. Un amargo invierno, una tormentosa primavera llena de arena y un verano seco deshidratando al personal. Una esperanza que se va muriendo, montones de cosas que salen mal, enojos y, además, el chismorreo sobre el brujo. Lo lógico. Un amargo invierno, una tormentosa primavera llena de arena, un verano torcido. Los problemas en el hogan de verano Tsossie eran un niño enfermo y un agua que se había vuelto alcalina, nada inesperado. Pero lo que no se espera es un brujo. El skinwalker, y los Tsossies estaban de acuerdo, era City Navajo, el hombre que había venido a vivir a una de las casas gubernamentales de Kayenta. ¿Por qué City Navajo? Porque todo el mundo supo que era un brujo. ¿Dónde se había oído eso por primera vez? La Gente que acudió al puesto comercial de Mexican Water lo dijo. Y por ello Chee había conducido hacia el oeste, a través de Tohache Wash, pasado Red

Mesa y Rabbit Ears hasta Mexican Water. Había pasado horas en el sombrío porche con la gente que acudía a comprar, a rellenar sus barriles de agua, de visita, buscando la oportunidad de conocerlos, hasta que perdieran finalmente el miedo de hablar con un extraño sobre un brujo. Eran el Clan Mud, y la Gente de Many Gotas y el clan Standing Rock, ajenos a la Gente Slow Talking, el clan de Chee, pero finalmente algunos hablaron un poco.

Un brujo estaba actuando en Rainbow Plateau. La yegua de Adeline Etcitty había parido un potro de dos cabezas. Hosteen Musket había visto al brujo. Había visto un hombre caminando en un bosque de tilos, pero cuando llegó allí sólo vio un búho alejándose. Los chicos de Rudolph Bisti perdieron tres carneros cuando conducían sus rebaños a los altos pastos de Chuska, y cuando encontraron los cuerpos, las enormes huellas de un hombre lobo los rodeaban. La hija de Rosemary Nashibitti había visto un gran perro molestando a sus caballos y, cuando le disparó con su .22, el perro se convirtió en un hombre con una piel de lobo y huyó, medio corriendo, medio volando. El anciano al que llamaban Afraid of His Horses había oído el sonido del brujo sobre el tejado de su hogan de invierno, y vio caer porquería por la chimenea de la misma forma que el skinwalker arroja polvos de muerto. A la mañana siguiente, el anciano siguió las huellas del Lobo Navajo durante una milla, esperando matarle. Pero las huellas habían desaparecido. No había nada de raro en las

historias, excepto su número y la constante insinuación que City Navajo era el brujo. Pero entonces llegó algo que Chee no esperaba. El brujo había matado a un hombre.

La emisora de la policía de Window Rock había interrumpido varias veces a Willie Nelson bruscamente con un mensaje. Ahora la telefonista habló directamente a Chee y le preguntó su situación.

—A unas quince millas al sur de Dennehotso —dijo Chee—. De regreso a casa, a Tuba City. Sucio, sediento, hambriento y cansado.

—Tengo un mensaje

—A Tuba City —repitió Chee—, adonde espero llegar en unas dos horas, justamente para evitar un montón de horas extraordinarias que nunca cobro.

—El mensaje es que el agente Wells del FBI necesita contactar contigo. ¿Puedes reunirte con él en el Kayenta Holiday Inn a las ocho de la tarde?

—¿Para qué? —preguntó Chee. El nombre de la chica de la emisora era Virgie Endecheenie, tenía una voz muy bonita y la primera vez que Chee se la había encontrado en la oficina de la Policía Tribal Navajo de Window Rock había quedado enamorado de forma instantánea. Desgraciadamente, Virgie había nacido en el clan Salt Cedar, que era el clan del padre de Chee, lo que puso

fin en un plis-plas a dicho enamoramiento, ya que incluso pensando solamente en ello violaría el complejo tabú sobre el incesto de los Navajos.

—No dice nada —dijo Virgie, con voz estrictamente profesional—. Apenas que confirme el momento y lugar de la reunión con el agente Chee u obtener otro alternativo.

—¿Tiene nombre ese Wells? —preguntó Chee. El único Wells del FBI que conocía era Jake Wells y esperaba que no fuese Jake.

—No conocemos su nombre —se disculpó Virgie.

—Bien —aceptó Chee—, estaré allí.

La carretera se volcaba ahora hacia abajo introduciéndose en los inmensos eriales erosionados que los Navajos llaman Beautiful Valley. A lo lejos, por el oeste, el sol se zambulló tras una nube, una de esas nubes de tormenta que el calor de la tarde forma sobre San Francisco Peaks y Cococino Rim. El pueblo Hopi sostiene que para celebrar sus bailes de Niman Kachina, llaman a las nubes para que vengan y les bendiga.

Chee avistó Kayenta sólo un poco más tarde. Las nubes negras contra el ocaso habían adelantado el crepúsculo. La brisa trajo los tenues olores que la humedad creciente acarrea a través del desierto, el perfume de la salvia, olor a brocha de alquitrán, y polvo. El recepcionista le dijo que Wells estaba en la habitación 284 y que su nombre era Jake. Chee se tranquilizó. Jake Wells era

mordaz pero también era inteligente. Era el mejor en el curso de la academia del FBI al que Chee había acudido, con una inteligencia rápida y dura. Chee podría tolerar la excesiva personalidad de este hombre durante un rato hasta enterarse qué podría tener que ver Wells con su enigma de brujería.

—Está abierto —dijo Wells—. Entre.

Se apoyaba contra la cabecera acolchada de la cama, la camisa fuera del pantalón, con los zapatos puestos y un vaso en la mano. Miró a Chee y entonces volvió a concentrarse en el programa de la televisión. Era tan alto como Chee recordaba y con los ojos igual de azules. Saludó a Chee moviendo el vaso sin dejar de mirar el programa.

—Prepárate uno tú mismo —dijo, señalando con la cabeza una botella junto al lavabo del vestidor.

—¿Cómo estás, Jake? —preguntó Chee.

Ahora los ojos azules repasaron a Chee. La duda que se reflejaba en ellos desapareció bruscamente.

—Sí, —dijo Wells—, eres el de la Academia. —Se apoyó en su codo izquierdo y extendió una mano—. Jake Wells —añadió.

Chee se la estrechó.

—Chee —respondió.

Wells acomodó de nuevo su cuerpo y entregó su vaso a Chee.

—Sírvenme un poco más, y baja el volumen.

Chee bajó el sonido.

—Échame sólo un treinta por ciento —Wells indicó la proporción con sus manos—. Entonces, éste es tu distrito. ¿Te encargas de la zona de Kayenta? Window Rock me dijo que tendría que hablar contigo. También me dijeron que hoy estabas de caza en el desierto. ¿En qué estás trabajando?

—Poca cosa —dijo Chee. Llenó un vaso de agua, bebiéndolo con avidez. Su cara se veía sucia en el espejo, las líneas alrededor de la boca y los ojos se habían vuelto blanquecinas por el polvo. La pegatina en el vaso recordaba a los visitantes que las leyes del Consejo Tribal Navajo prohibían la posesión de bebidas alcohólicas en la reserva. Rellenó su vaso con agua y la mezcló con la bebida de Wells—. De hecho, estoy trabajando en un caso de brujería.

—¿Brujería? —rió Wells—. ¿Realmente? —Tomó la bebida de Chee y la examinó—. ¿Cómo es eso? ¿Algo de hechizos?

—No exactamente —dijo Chee—. Depende. Hace unos años una joven enfermó cerca de Burnt Water. Su padre mató a tres personas con una escopeta. Dijo que habían esparcido polvos de muerto sobre su hija y la hicieron enfermar.

Wells le estaba mirando.

—El tipo de crimen donde puedes alegar locura.

—A veces —dijo Chee—. Para cualquier cosa que tengas, el hablar de brujos te pone nervioso. Ocurre más cuando se tiene un mal año como éste. Oyes eso e intentas enterarte de lo que está pasando antes de que las cosas vayan a peor.

—¿Así que no esperas realmente encontrar un brujo?

—Normalmente, no —contestó Chee.

—¿Normalmente?

—Juzga por ti mismo —dijo Chee—. Te diré lo que he encontrado hoy y me dices qué hago con ello. ¿Tienes tiempo?

Wells se encogió de hombros.

—De lo que realmente quiero hablar es de un tipo llamado Simon Begay. —Miraba con curiosidad a Chee—. ¿Has oído ese nombre?

—Sí —respondió Chee.

—Vaya mierda —dijo Wells—. No deberías. ¿Qué sabes de él?

—Apareció hace unos tres meses. Se mudó a uno de los edificios que el Servicio de Salud Pública tiene por la zona de la clínica de Kayenta. Es extraño, muy reservado. De alguna parte fuera de la reserva. Me imaginé que los federales lo trajeron aquí para mantenerlo oculto.

Wells frunció el ceño.

—¿Cuánto tiempo hace que lo conoces?

—Bastante tiempo —contestó Chee. Supo ya de Begay una semana después de su llegada.

—Es un testigo —aclaró Wells—. Se desbarató una operación de robo de automóviles en Los Angeles. Un gran acontecimiento. Conexiones nacionales. Uno de esos que contratan para recoger modelos caros de coches y que los conducen para cargar en los buques que después los descargan en América del Sur. Este Begay es uno de esos contratados. Nadie más. Antecedentes penales desde la juventud, pero cosas sin importancia. Tengo entendido que vio algunas cosas que ayudarán a enchironar a algunos capitostes, por lo que la Justicia hizo un trato con él.

—¿Y le ocultarán aquí hasta el juicio?

El tono de la pregunta llevaba doble intención.

—Si quieres ocultar una manzana, la guardas con otras manzanas —dijo Wells—. ¿Qué mejor lugar?

Chee había estado mirando los zapatos de Wells, que estaban brillantes. Ahora examinó sus propias botas, que no lo estaban. Pero pensaba en la estupidez del Departamento de Justicia. La aparición de cualquier persona nueva en una zona tan poco habitada como la Reserva Navajo provoca un interés instantáneo. Si el forastero es un Navajo, hay preguntas al momento. ¿Cuál es su clan? ¿Quién era su madre? ¿Cuál era el clan de su padre? ¿Quiénes eran sus parientes? City Navajo no tenía respuestas a

ninguna de estas cuestiones cruciales. Era, como Chee se había dicho en repetidas ocasiones, un tipo hostil. Rápidamente se había supuesto que era un "trasladado Navajo", nacido de uno de esos cientos de familias Navajo que el gobierno federal había tratado de restablecer hace cuarenta años en Chicago, Los Angeles y otros centros urbanos. Era un extraño. En un año de brujos, estaría, sin duda, bajo sospecha. Chee se sentó mirando sus botas, preguntándose si esa era la única base para la acusación que City Navajo era un skinwalker. ¿O alguien había visto algo? ¿Alguien había visto el asesinato?

—Las referencias acerca de tu manzana no son chismes —dijo Chee.

—¿Se oyen chismes sobre Begay? —Wells estaba sentado hasta ahora, con los pies en el suelo.

—Claro —respondió Chee—. He oído que es un brujo.

Wells rió entre dientes.

—Cuéntame.

Chee sabía exactamente cómo quería decírselo. Wells tendría que esperar un rato antes de que él llegara a la parte sobre Begay.

—Los esquimales tienen nueve nombres para la nieve —comenzó Chee. Le habló a Wells acerca de la variedad de la brujería en las reservas y sus alrededores: sobre la brujería del frenesí, utilizado para conquistas sexuales, de las distorsiones de la brujería, de las

ceremonias de curación, de la exótica brujería de los dos corazones del Clan Hope Fog, de la Fraternidad bruja Zuni, del *chindi* Navajo, que es más parecido a un fantasma que a un brujo, y, por último, del Lobo Navajo, la brujería *anti'l*, los hombres lobo que pervierten cada tabú de las Costumbres Navajo y usan polvos de muerto para matar a sus víctimas.

Wells hizo sonar el hielo en su vaso y miró su reloj.

—Para llegar a la parte acerca de tu Begay —dijo Chee—, hace aproximadamente dos meses empezamos a recoger chismes sobre brujos. No son gran cosa, y generalmente lo esperas durante una sequía como ésta. Pero últimamente llegó a ser más de lo acostumbrado. —Describió algunos de los cuentos y cómo el malestar y el temor se habían propagado a través de la meseta. También describió lo que él había descubierto durante este día, los Tsossies señalando a City Navajo como el brujo, su viaje a Mexican Water, el descubrimiento de que el brujo había matado a un hombre.

»Dijeron que ocurrió en primavera, un par de meses atrás. Me dijeron que los que lo sabían todo sobre ello era la familia Tso. — Al hablar de asesinato, Chee notó que había reavivado el interés de Wells—. Fui hasta allí —continuó—, y encontré a la anciana que se encarga de la familia, Emma Tso. Me dijo que su yerno había estado fuera buscando algunas ovejas, y había notado un olor raro, y encontró el cuerpo debajo de unas matas de chamizo

en el cauce seco de un arroyo. Un brujo lo había matado.

—¿Cómo...?

Chee cortó la pregunta.

—Le pregunté que cómo sabía que era un brujo el asesino. Dijo que las manos estaban estiradas de esta forma. —Chee extendió sus manos, con las palmas hacia arriba—. Estaban despellejadas. Cortaron la piel de las palmas y de los dedos.

Wells alzó sus cejas.

—Eso es lo que utiliza un brujo para hacer polvos de muerto — explicó Chee—. Se toma la piel con las huellas dactilares y las líneas de la personalidad de cada individuo, o sea, la piel de las palmas de las manos, de las yemas de los dedos y las plantas de los pies. También se utiliza la piel del glande del pene y los pequeños huesos del cuello donde se une el cráneo, se secan, se pulverizan y se utilizan como veneno.

—Vas a llegar a Begay en breve —dijo Wells—, ¿no?

—Ya llegamos —dijo Chee—. Creen que él es el brujo. Él es City Navajo.

—Suponía que dirías eso —dijo Wells. Se frotó un ojo azul con la parte posterior de su mano—. City Navajo. ¿Es tan evidente?

—Sí —respondió Chee—. Y además es forastero. La gente sospecha de los extraños.

—¿Qué es lo que se dice de él? ¿Se le acusa de algo? ¿Hay alguna amenaza? ¿O piensas que no hay nada por el estilo?

—Esto no funciona así, a menos que alguien tenga un muerto en su familia. La forma de hacer frente a un brujo es contratar a un cantante y que actúe de forma especial en la ceremonia de curación. Debe girar en torno al brujo y matarlo.

Wells hizo un gesto impaciente.

—Sea lo que sea —dijo—, creo que este Begay ha hecho algo espeluznante. —Miró fijamente la bebida de su vaso—. No sé.

—¿Hay algo raro en la forma en que está actuando?

—Lo jodido es que no sé cómo actúa normalmente. Éste no era mi caso. El agente que lo llevaba se jubiló o algo así, por lo que estoy atascado con el caso del repartidor. —Dirigió la mirada desde el vaso a Chee—. Pero si se tratara de mí, y yo estuviese escondido aquí esperando, entonces me alegraría de ver al tipo que me acompañó hasta aquí y que me iba a llevar de nuevo a mi casa. Estaría encantado de terminar con todo esto.

—¿No era él?

Wells sacudió la cabeza.

—Parecía nervioso. Aunque quizá es normal. Va a montar una serie de problemas a una gente muy dura.

—Yo estaría nervioso —dijo Chee.

—Supongo que no importa mucho de todos modos —dijo Wells—. Es insignificante. El tipo que lleva ahora la Oficina del Fiscal dice que si se ha engañado con él ha sido porque era a cara y cruz. Dijo que el asistente que lleva el caso decidió ocultarlo sólo por precaución.

—¿Begay no sabe mucho?

—Supongo que no. Además tengo mejores testigos.

—Entonces, ¿por qué preocuparse?

Wells se reía.

—Llevo a este primo a rastras, lo ponen en el estrado de los testigos y responde a todas las preguntas con No sé por lo que el departamento de la fiscalía queda en ridículo. Cuando a un fiscal de los EE.UU. le ocurre esto, siempre encuentra a un agente del FBI para echarle la culpa. —Bostezó—. Por lo tanto —dijo a través del bostezo—, quiero preguntarte lo que piensas. Éste es tu territorio. Eres el oficial al mando. ¿Crees que alguien se acercó a mi testigo?

Chee dejó la pregunta en el aire. Pasó una fracción de segundo buscando una respuesta. ¿Cuál era la verdadera razón por la que Wells le había mantenido trabajando hasta tarde sin comer y sin ducharse? Dos frases en el informe Wells. La primera apuntaba la posibilidad de que el testigo podría haber sido abordado por alguien, y que ya había sido verificada con la Policía Local

Navajo. La segunda indicaría todo lo que Chee podría decir. Wells había seguido la regla número uno de los federales: protege tu culo.

Chee se encogió de hombros.

—¿Quieres escuchar el resto de mi caso de brujería?

Wells puso su bebida en la mesilla y se desató un zapato.

—¿Adónde nos lleva esto?

—¿Quién sabe? De todas formas no falta mucho. Te permito que decidas. El punto de partida es que teníamos ya el cadáver que encontró el yerno de Emma Tso. Alguien había informado semanas atrás. Se recogió y se llevó a realizar la autopsia. Lo único que sabíamos es que era un varón Navajo de unos treinta años. Sin identificar.

—¿Cómo mataron a ese pájaro?

—No hay señal de violencia —dijo Chee—. En el momento en que trajeron el cuerpo, la descomposición y los carroñeros no habían dejado mucho. La mayor parte eran huesos y cartílago, supongo. Fue bastante tiempo después de que el yerno de Emma Tso lo viese.

—Entonces, ¿por qué piensas que a Begay lo mataron? —Wells se quitó su segundo zapato y se dirigió hacia el baño.

Chee cogió el teléfono y llamó a la clínica Kayenta. Llamó al

supervisor de noche y esperó mientras buscaban en el archivo. Wells salió del baño con su cepillo de dientes. Chee tapó el auricular.

—Me van a leer el informe de la autopsia —explicó Chee. Wilson comenzó a cepillar sus dientes en el lavabo. La voz del supervisor de noche zumbó en la oreja de Chee.

—¿Eso es todo? —preguntó Chee—. ¿Nada más? ¿Sin identificar aún? ¿Cuál es la causa de la muerte?

—Es él —dijo la voz.

—¿Qué tal los zapatos? —Chee preguntó—. ¿Los tiene puestos?

—Sólo un segundo —dijo la voz—. Sí. Tamaño diez D. Y un sombrero, y...

—No hay mención alguna sobre el cuello o el cráneo, ¿verdad? No me extraña ¿No faltan huesos?

Silencio.

—No hay nada indicado acerca del cuello o los huesos del cráneo.

—Ah —dijo Chee—. Bien. Muchas gracias.

Muy bien. Maravilloso. Finalmente las cosas habían encajado. El brujo había sido exorcizado.

—Jake —dijo—. Permíteme contarte un poco más acerca de mi caso.

Wells se enjuagó la boca. Escupió el agua y miró a Chee,

divertido.

—No lo había pensado antes —dijo Wells—, pero creo que realmente no tienes ningún problema. Si dejas que tu cadáver sea el de un muerto por causas naturales, no hay caso. Si decides que es un homicidio, no tienes ningún tipo de jurisdicción. El FBI es el que tiene jurisdicción en un homicidio en una reserva india. — Wells sonrió ampliamente—. Tendríamos que venir todos para encontrarte un brujo.

Chee miró sus botas, que todavía estaban polvorientas. Su apetito se había ido, como le ocurría normalmente una hora o así después de haberse perdido una comida. Todavía necesitaba un baño. Recogió su sombrero y movió los pies.

—Ahora me voy a casa —dijo—. Lo único que no sabes sobre el caso del brujo es el informe de la autopsia que acabo de oír. El cadáver tenía puestos sus zapatos y no le faltaban los huesos de la base del cráneo.

Chee abrió la puerta y se plantó allí, mirando hacia atrás. Wells tomó su pijama de la maleta.

—Entonces, ¿qué consejo me vas a dar? ¿Qué puedes decirme sobre mi caso de brujería?

—Para ser sincero, Chee, no creo en brujos —dijo Wells—. No he creído desde que era un muchacho.

—Pero en realidad, ahora no tenemos un caso de brujería —dijo

Chee. Hablaba sinceramente—. Todavía llevaba puestos los zapatos, por lo que no le arrancaron la piel de las plantas de los pies. No faltan los huesos del cuello. Y todo esto se necesita para hacer polvos de muerto.

Wells se quitó su camiseta por encima de su cabeza. Chee se apresuró.

—Lo que tenemos por ahora es un pequeño rompecabezas —dijo Chee—. Si no es para recoger material para hacer polvos de muerto, ¿por qué le han cortado la piel de las manos a este chico?

—Voy a tomar una ducha —dijo Wells—. Mañana tengo que devolver mi Begay a Los Angeles.

Fuera la temperatura había descendido. Un viento suave, desde el oeste, traía el olor de la lluvia. Sobre la frontera de Utah, por encima de Cococino Rim, a lo largo de Rainbow Plateau, parpadeaban y brillaban los rayos. La tormenta se había formado y ya se estaba desplazando. El cielo se había vuelto negro. Chee estaba de pie en la oscuridad, escuchando el murmullo de los truenos, inhalando su perfume, exultante.

Se subió a la camioneta y arrancó. ¿Qué había pasado y por qué? Tal vez el agente del FBI que conocía a Begay se había preparado su jubilación. Tal vez se había organizado un accidente. Deshacerse del ayudante del fiscal que conocía al testigo habría sido aún más sencillo, un puesto de trabajo en el gobierno, por

ejemplo. La desaparición de la única persona que conocía a ese testigo menor que ya no era Simon Begay. ¿Y qué fue de él? Probablemente había otros navajos de la comunidad de Los Ángeles que robaban automóviles para ellos. Tal vez ése era el plan. Para la mayoría de los hombres blancos todos los Navajos se parecían bastante, al igual que, durante sus primeros años en la universidad, todos los hombres blancos que Chee había visto eran de piel rosada, pecas, y de ojos claros. ¿Y que diría el impostor? Chee sonrió abiertamente. Diría lo necesario para poner en duda la acusación, para emitir esa fatal duda razonable, para, como Wells había dicho, dejar en ridículo al Fiscal de Distrito.

Chee condujo bajo la lluvia veinte millas al oeste de Kayenta. Enormes gotas frías tamborileaban sobre el techo de la pick-up y convirtieron la carretera en una cinta de agua. Al día siguiente, la red de carreteras rurales estaría intransitable. Tan pronto como se secaran y el desastre hubiera sido reparado, tendría que volver al Hogan de Tsossie, y al lugar de la familia Tso, y a todos los demás lugares desde donde el rumor se había extendido rápidamente. Había que decirle a la gente que el brujo se encontraba bajo la custodia del FBI y se había ido para siempre de Rainbow Plateau.